

cubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo, á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazón dijo Sancho:—¿Tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? Por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.—Sí haré, respondió la Condesa.



## CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

**D**E cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo:— En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos.—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.— Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame á mí, que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fué necesidad, no fué tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los Reyes y los Emperadores.—Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante, la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.—Y cómo si que-